

## Formación como Compañeros en la Identidad y Misión

*En aquel tiempo, Jesús se apareció a sus discípulos y les dijo: “Está escrito que el Mesías tenía que padecer y había de resucitar de entre los muertos al tercer día, y que en su nombre se había de predicar a todas las naciones, comenzando por Jerusalén, la necesidad de volverse a Dios para el perdón de los pecados. Ustedes son testigos de esto. Ahora yo les voy a enviar al que mi Padre les prometió. Permanezcan, pues, en la ciudad, hasta que reciban la fuerza de lo alto”.*

*Después salió con ellos fuera de la ciudad, hacia un lugar cercano a Betania; levantando las manos, los bendijo, y mientras los bendecía, se fue apartando de ellos y elevándose al cielo. Ellos, después de adorarlo, regresaron a Jerusalén, llenos de gozo, y permanecían constantemente en el templo, alabando a Dios.*

*(Lc 24,46-53)*

Gracias a cada uno de Uds. por aceptar la invitación que les hemos hecho para reflexionar juntos sobre la misión de educar y educarnos en el contexto del mundo que nos ha tocado vivir. En las lecturas de este domingo, Jesús resucitado asciende para dejarnos a nosotros la misión. La misión no puede ser otra que ser testigos, hablar de lo que hemos visto y oído. Ser educador cristiano supone asumir esta condición de testigos. Hablamos desde nuestra experiencia de la reconciliación, de la paz, de la vida interior, de la existencia en Dios. No se trata de transmitir ideas o categorías. Asumimos la condición de testigos de la misión de reconciliación que trajo Jesús en nombre del Padre, y por la cual nos es donado el Espíritu.

Ser educador bajo la inspiración ignaciana supone sentirse apóstol de esa misión, pero a la vez, para ser apóstol, se debe ser constantemente discípulo. De allí la necesidad de que quienes asumen la condición de formadores, sean a la vez y por la razón de la misión que llevan adelante, formandos. Es nuestra identidad cristiana, bajo la inspiración ignaciana y la misión que de ella se deriva, la que nos conduce a entender la importancia del tema de este encuentro: *Formación del personal y colaboradores en Identidad y Misión.*

Hablamos de formación y sabemos que este término implica mucho más que brindar ideas o incluso herramientas. Formar significa hacer y rehacerse, hablo del ser humano hecho de barro que, como vasija, es moldeado por las manos del Creador una y otra vez, a través de la vida, por medio de la acción de su Espíritu, para lograr obtener la imagen del Hijo. Nosotros somos a la vez ese barro y también manos del Creador, pues su Espíritu actúa en y por nosotros. Formarnos significa dejarnos hacer y rehacer para parecernos a Jesús, asumir sus criterios de vida, tomar en nuestras manos su misión, ser sus testigos. Formarnos significa lo que somos y hacemos, identidad y misión. Identidad de seguidores de Jesús (discípulos), misioneros de la vida y la reconciliación. Sólo siendo permanentes formandos en este camino, nos convertimos en formadores, pues nuestras manos, nuestro corazón, nuestra mirada, nuestros oídos se van haciendo manos, corazón, mirada y oídos del Creador. Nos hacemos apóstoles.

Pablo ora por la comunidad de los efesios a Dios: *Le pido que les ilumine la mente para que comprendan cuál es la esperanza que les da su llamamiento (...)*. De esto se trata al hablar de formación. Es pedir luz, no sólo en la mente sino en el corazón de cada uno de nosotros, para que libre de las tinieblas que las heridas, los resentimientos, los miedos o las falsas búsquedas nos han sembrado, encontremos caminos hacia lo que realmente estamos llamados a ser, y ayudemos también a otros tantos que se nos ha encomendado (nuestros muchachos) a encontrar su identidad y misión.

Se habla de personal y colaboradores. Personal hace referencia en mi mente a relación laboral. Esto es una parte cierta e importante de la relación que sostenemos. Sin una justa relación laboral, en la cual cada parte pone lo mejor de sí para lograr el fin (la misión) que nos hemos trazado, toda formación queda en buenos deseos. No es el punto central de este encuentro, pero es importante tener presente que, como decía Jesús, el trabajador tiene derecho a su paga y, a la vez, se espera de él un trabajo acorde con la inmensa responsabilidad que ha caído sobre sus hombros, en este caso nada más y nada menos que ser formador cristiano. Pero me parece que es un término insuficiente para describir nuestras relaciones.

Se habla de colaboradores. Esto nos conduce a la relación que nos invita a sostener entre laicos y jesuitas las Congregaciones Generales 34 y 35. No debe interpretarse este término como que los laicos son auxiliares en la misión que la Compañía lleva adelante. La misión es una y única, y es de Jesús. Todos somos colaboradores en ella, como señala la CG 35. En la tradición espiritual ignaciana Jesús nos invita a ser compañeros en la misión desde nuestras identidades. La CG 34 nos invita a los jesuitas a unirse a los laicos “para ser compañeros: sirviendo juntos, aprendiendo unos de otros, respondiendo a las mutuas preocupaciones e iniciativas y dialogando sobre los objetivos apostólicos”. Así que, valiéndome del castellano que normalmente usamos en nuestro contexto, debería decir que este encuentro se trata de la formación de los compañeros (tanto jesuitas como laicos). La relación entre nosotros no nos invita a tratarnos simplemente como personal, ni tampoco como auxiliares, sino a descubrirnos como compañeros en el corazón de la misión, como señala la CG 35.

Esa misma Congregación saludaba la presencia de Uds. en la misión que llevamos en conjunto: “Estamos humildemente agradecidos de que muchos (inspirados como nosotros por la vocación de Ignacio y la tradición de la Compañía) hayan elegido trabajar con nosotros y compartir nuestro sentido de misión y nuestra pasión por salir al encuentro de los hombres y mujeres de nuestro mundo roto, pero digno de ser amado. Nos hemos enriquecido a través del contacto no sólo con personas de nuestra fe, sino también con personas de otras tradiciones religiosas, y con mujeres y hombres de buena voluntad de todas las naciones y culturas, con quienes luchamos buscando un mundo más justo.” Por eso, y junto con ella, me permito, a nombre de la Provincia, dar las gracias a cada uno y cada una por acompañarnos y permitirnos ser sus compañeros en el hermoso reto de encender este mundo con el fuego de la misión de Cristo.

Se trata pues de formarnos en conjunto en la identidad y la misión. Esta identidad significa hacernos sujetos. Las opciones del Plan Apostólico de la Provincia, que nos sirven de marco orientador en este tiempo, nos invitan a formar y acompañar la constitución de sujetos, lo que implica, como he señalado, la necesidad de formarse y dejarse acompañar. Al hablar de sujeto queremos referirnos a quien habla desde sí mismo, no de quien se predica o a quien se le convierte en objeto. En las opciones señalamos la necesidad de formar y acompañar la constitución de los pobres como verdaderos sujetos sociales, de contribuir al fortalecimiento de una sociedad civil como sujeto político, y la formación de los laicos, preferencialmente de los jóvenes, para que sean protagonistas. Nuestra misión (en medio de un mundo globalizado que objetualiza al ser humano, lo masifica y lo clienteliza económica, política y culturalmente) es formar y acompañar personas. Pero eso no será posible si antes no nos hacemos y nos dejamos hacer a nosotros mismos personas.

Esta identidad es a la vez cristiana, quiero decir que asume la misión y visión de Jesús de Nazaret. Para ello nos inspiramos en la espiritualidad ignaciana, que tiene como meta ponernos en contacto desde el corazón con la presencia de Dios en nuestra vida y nos hace compañeros de Jesús en su misión. Esta misión se lleva adelante con diversas modulaciones de la identidad. Una es como religioso o religiosa, y particularmente como jesuitas, otra como laico. La idea es que la formación, a la cual se refiere este encuentro, nos ayude a afianzar nuestra identidad en medio de un mundo que busca borrar dicha identidad.

Estamos en una sociedad a-cristiana, y no me refiero simplemente al secularismo que plaga toda la modernidad, sino a una realidad que busca romper la fe en cualquier cosa, para que prestemos adhesión al mercado y al poder. Es una sociedad de consumo que pretende formar al hombre a su imagen y semejanza, cuya expresión los jóvenes han logrado dibujar muy bien a través de los “emos”, “góticos”, “dark” y otras tribus de jóvenes suburbanos, amén de nuestras bandas juveniles barriales. La fe propuesta en nuestras tierras toma la forma de religiones ancestrales, pero que han sido manipuladas por la búsqueda de fortuna, poder o, incluso peor aún, venganzas. En medio de estas realidades nos toca afirmar nuestra identidad, no con base a simples conocimientos, sino con base a una honda experiencia en la vida espiritual, que nos permita acompañar a otros en el camino de irse haciendo personas al modo de Jesús.

Así ser y hacer se convierte en una misma tarea; identidad y misión son dos dimensiones de una única realidad, en la cual debemos formarnos y formar en el contexto de un mundo que no aplaudirá dicha actitud. No interesa al Estado que constituyamos verdaderos sujetos críticos, que asuman su papel en la historia y por lo tanto se revelen contra cualquier suerte de liderazgo personalista, cupular u oligárquico, revestidos muchas veces, hoy en día, de formas democráticas. No interesa al poder religioso sujetos laicos, pues muchas veces los pastores buscamos ovejas, y se nos olvida que el único pastor es Jesús y los demás somos discípulos; se nos olvida la invitación del Concilio a construir una nueva Iglesia bajo la imagen de Pueblo de Dios, donde los laicos tienen un papel protagónico.

No interesa al mercado sujetos críticos, verdaderos productores y creadores. Pero eso debemos formar, y para ello debemos formarnos.

Entre los objetivos de la actualización del Plan Apostólico se señala: *Fortalecer la identificación de colaboradores y del personal de nuestras obras con la misión, el modo de proceder, los valores y la espiritualidad que acompaña nuestra propuesta apostólica.*

Para lo cual se requiere:

- Cultivar el carácter evangelizador de nuestras obras.
- Fortalecer las dimensiones de identidad y misión (CG 35ª D 6, nº 9-14)
- Implementar en nuestras instituciones programas de formación y acompañamiento del personal (profesionales, personal administrativo y obrero)
- Impulsar la formación específica para cuadros de dirección de nuestras obras.
- Desarrollar un plan de formación que permita fortalecer la espiritualidad y las capacidades de trabajo de los jesuitas y laicos que integran los distintos sectores apostólicos.
- Brindar al personal la posibilidad de los Ejercicios Espirituales y de crecimiento en la espiritualidad ignaciana.
- Mantener las instancias de alimentación de la fe (eucaristías, encuentros, acompañamiento, formación, oración) para las personas y grupos interesados.
- Desarrollar y fortalecer las relaciones laicos-jesuitas en el ámbito laboral, de colaboración, de responsabilidades y de dirección.

Bajo estas premisas es que debe ser entendido el esfuerzo que haremos durante estos días de *Estudiar las propuestas existentes de formación del personal de las obras educativas de la Provincia, y acordar posibles direcciones para la **construcción de un marco y/o plan común**, con los núcleos básicos de formación, que pueda ser adaptado y asumido en los correspondientes planes operativos de las obras. Y Reflexionar sobre cómo **articulamos** acciones para la formación y cómo deberíamos organizarnos para fortalecernos desde las capacidades de todos.*

Agradezco el esfuerzo que ha hecho el P. Orbegozo y con él todo el equipo que trabajó en el diseño de este Encuentro, del cual pedimos al buen Dios broten frutos que nos permitan caminar hacia un nuevo Pentecostés, tanto a nivel personal de cada uno de nosotros, como también y por medio de la misión que llevemos adelante en el país.

Arturo Peraza, S.I  
Provincial